

REVISTA HIPATIA

Estudios filosóficos y sociales sobre
la ciencia y la tecnología

Edición N° 2 | Año 2020
ISSN 2683-7781
Universidad de Buenos Aires
Ciclo Básico Común

www.revistahipatia.com



REVISTA HIPATIA

EDICIÓN N° 2 | AÑO 2 - 2020

Directora Silvia Rivera

Comité Académico

Gelsa Knijnik
UNIVERSIDAD DO VALE DO RIO DOS SINOS (UNISINOS), RIO GRANDE DO SUL, BRASIL

Pablo Kreimer
CONICET. UNIVERSIDAD MAIMÓNIDES, ARGENTINA

Marcelo Leonardo Levinas
CONICET. UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES (UBA), ARGENTINA

Claudio Martyniuk
IIGG / FSOC / DERECHO. UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES (UBA), ARGENTINA

Alberto Onna
FFyL. UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES (UBA), ARGENTINA

Alejandro Raiter
FFyL. UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES (UBA), ARGENTINA

Hugo Rodríguez Almada
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA (UDELAR), URUGUAY

Julia Zullo
FFyL. UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES (UBA), ARGENTINA

Editores Responsables Juan Layna, Natalia Sabater

Equipo Editorial Ingrid Becker, Rocío Flax, Eduardo Glavich, Gabriel Hernández, Juan Layna, Alejandro Margetic, Ana Rodríguez Arana, Natalia Sabater, Lucas Volpintesta

Diseño de portada Jairo Fiorotto

Foto de portada *Desembocadura del Rio Quequén* - Marisol, Buenos Aires
PhD: Lara Eva - @jambuich

Diseño editorial Jairo Fiorotto

Una iniciativa del grupo de investigación y docencia de Introducción al Pensamiento Científico (Cátedra Rivera) del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires (UBA/CBC).

REVISTA HIPATIA

Publicación electrónica anual
ISSN 2683 - 7781

Dirección Postal: AV. Montes de Oca 1120, CABA
Mail de contacto: revistahipatia@gmail.com

www.revistahipatia.com

REVISTA HIPATIA

Estudios filosóficos y sociales sobre
la ciencia y la tecnología



ARTÍCULOS

7 CULTURA VIRAL E INDIVIDUO CONTACTLESS: LA CONFORMACIÓN DE UN MODELO EXTRACTIVISTA DE LA VIDA

por Dipaola, Esteban

- 8 Introducción
- 9 Vida y cultura viral
- 13 Norma y normalidad: crisis del capitalismo industrial
- 15 No hay relación social
- 17 Cultura viral, comunidad y resistencias: la vida

21 BIOPODER Y EVOLUCIONISMO: IMÁGENES ESPECULARES

por Loizzo, Juan Manuel

- 22 Introducción: cuadro general
- 23 Sobre tres formas de poder en Foucault
- 25 Los dispositivos de seguridad
- 28 Biopoder y evolucionismo: vínculos
- 34 Reflexiones y comentarios

37 FEEDBACK QUALITY ACCORDING TO THE TYPE OF REFEREES IN THE PEER REVIEW PROCESS OF SCIENTIFIC ARTICLES

por Varas Espinoza, German

Sabaj Meruane, Omar

Pina-Stranger, Alvaro

- 39 Introduction
- 41 Actors and roles in the production and evaluation of science
- 42 Peer review quality
- 49 Methods
- 50 Results and discussion
- 55 Conclusion
- 56 Acknowledgements

61 LOS ESPACIOS VERDES PÚBLICOS Y SU RELACIÓN CON LA SALUD INFANTIL. APORTES DESDE LA PSICOLOGÍA AMBIENTAL

por Fausti, Paula

- 62 Introducción
- 63 Desarrollo
 - 1. Un acercamiento al problema
 - 2. Intervenciones a partir de la psicología ambiental
- 76 Conclusión

**PERSPECTIVAS
Y AVANCES DE INVESTIGACIÓN**

83 DE LAS MOSCAS EN LA BOTELLA. REFLEXIONES
EPISTEMOLÓGICO-POLÍTICAS SOBRE LA PANDEMIA

por Carrizo, Erica

- 83 ¿Dónde estamos?: las consecuencias
84 ¿De dónde venimos?: lo impuesto
88 ¿Hacia dónde vamos?: lo posible

91 CERDOS, MEDIO AMBIENTE Y EL DISCURSO DEL DESARROLLO.
LA TRAMPA DE LA CIENCIA

por Forte, Diego L.

RESEÑAS

99 EL JUEGO FESTIVO DEL PENSAMIENTO TRAS EL VELO
DE LA MÁSCARA

por Rodríguez Arana, Ana

103 EL DESAFÍO DE PRODUCIR CIENCIA Y TECNOLOGÍA
DESDE LA SUBALTERNIDAD

por Rivera, Silvia

Artículos

Cultura viral e individuo *contactless*: la conformación de un modelo extractivista de la vida

Viral culture and *contactless* individual:
the constitution of an extractivist model of life

por Dipaola, Esteban

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GINO GERMANI

CONICET

estebanmdipaola@gmail.com

RESUMEN

El artículo reflexiona sobre las condiciones de vida en el mundo contemporáneo, definiendo el estadio de una formación viral de la cultura, que ordena un modelo normativo flexible e individualista. Analiza las transformaciones de la sociedad capitalista desde la sociedad industrial y su modelo de acumulación anclado en las instituciones, a una globalización financiera que originó procesos de desinstitucionalización e individualización. La hipótesis de análisis de la reflexión se concentra en el surgimiento de un nuevo tipo de subjetividad denominada "individuo *contactless*" cuyo atributo es prescindir de la alteridad y fundar vínculos a partir de flujos y zonas de contagio. En este aspecto, se argumenta que las modificaciones de las sociedades capitalistas alteraron las experiencias del lazo social y de las acciones sociales, pero también la misma definición y experimentación de la vida.

Palabras clave: Individuo *contactless* | Desinstitucionalización | Cultura viral | Globalización | Covid-19

ABSTRACT:

The article reflects on the living conditions in the contemporary world, defining the stage of a viral formation of culture, which orders a flexible and individualistic normative model. Analyzes the

transformations of capitalist society from industrial society and its accumulation model anchored in institutions, to a financial globalization that originated processes of uninstitutionalization and individualization. The reflection analysis hypothesis focuses on the emergence of a new type of subjectivity called the “*contactless individual*” whose attribute is to dispense with otherness and to found links based on flows and areas of contagion. In this regard, it is argued that the modifications of capitalist societies altered the experiences of the social bond and social actions, but also the very definition and experimentation of life.

Key words: *Contactless individual* | Uninstitutionalization | Viral culture | Globalization | Covid-19

INTRODUCCIÓN

El tiempo actual convoca a reflexiones que deben exponerse bien o correctamente situadas en el presente, es decir, que además de interrogar las circunstancias de este momento, se fundamenten tales interrogaciones en un estudio de las concepciones, categorías, experiencias y discursos que ordenan modos de vida y regímenes de conducta propios de la época. Porque justamente se vive una época dinámica y de continuos cambios, y resulta necesario evaluarlos y comprender que tales transformaciones no acontecen inesperadamente, sino que tienen un desarrollo de al menos medio siglo en el que se consolidó un modelo de acumulación del capital diferente al de la sociedad industrial.

La pandemia que se vive a nivel global por el virus SARS-CoV-2, popularmente conocido como “coronavirus”, y que alteró las modalidades de organización política y social de los distintos Estados, aun si se la considerara una contingencia para la vida del planeta, pone de relieve y dispone sobre lo visible cuestiones que no son contingentes y que, más precisamente, conforman la trama histórica de la globalización financiera. En este aspecto, puede definirse al virus como un “invento” de la globalización, es decir, enfatizar que asistimos al primer virus producido por un modelo político-económico que desde hace años redefinió las condiciones de la vida social.

Esto implica, asimismo, que los significados y las experiencias de lo que se denomina “vida” también se han alterado: la vida cuya centralidad durante la modernidad estaba en el ser humano, y que desde la crítica filosófica se cuestionaba porque, precisamente, el valor exclusivamente antropocéntrico imposibilitaba experimentar el efectivo alcance de una reflexión que deconstruyera lo “demasiado humano”, fue desplazándose por los indicios de la técnica y, finalmente, por la cuestión tecnológica que modificó de pleno eso que todavía comprendemos y analizamos como vida.

El filósofo alemán Martin Heidegger, antes de la mitad del siglo XX, sentenció que asistíamos a la época en que “el mundo se ha vuelto imagen” (1996), y con esto refería a la separación definitiva del hombre y la naturaleza provocada por el advenimiento de la técnica. Este pensador se refería a que se había alcanzado el umbral de la representación de mundo. Sin embargo, es posible señalar en nuestro tiempo que un nuevo umbral se dispone y afianza, originando una era tecnológica global con comunicaciones, conexiones y producción de datos de alta velocidad, pero que a la vez confluye sincrónicamente con la aparición de una humanidad viral. Por supuesto que los virus existen desde siempre y que otras epidemias marcaron la historia, pero el carácter fundamentalmente global de la actual situación, conjuntamente con las transformaciones y afecciones que generó en las vidas de los individuos, debido a las incidencias y posibilidades tecnológicas, ofrece a esta situación presente un carácter singular. Tal singularidad se corresponde con la necesidad de una reflexión situada en la especificidad del tiempo presente, atendiendo críticamente a las condiciones y transformaciones de las sociedades capitalistas durante los últimos cincuenta años, y a los tipos de subjetividad que ese modelo de sociedad fue gestando.

En este artículo el interés y objetivo central es detallar y reflexionar sobre y ante esas transformaciones, para ocuparse de las definiciones que fundan sentido actualmente como, por ejemplo, “nueva normalidad”, e interpretar que algo como ello se corresponde con un proceso histórico que alberga en su despliegue la conformación de sociedades individualistas. Consignando que estas sociedades desarrollan distintas valuaciones éticas respecto a la “antigua modernidad” y conforman un nuevo tipo de reflexión sobre lo normativo y sobre cómo afecta la norma y lo normal a los actores sociales.

Para desarrollar estas cuestiones deben realizarse novedosas reflexiones desde las categorías que la filosofía y las ciencias sociales aportan para pensar fundamentos y lazos comunes. En ese marco, la fundamentación y explicación que se propone aquí, asume como perspectiva central la interrelación —muy propia de este tiempo global y vertiginoso— de virus y vida, que constituyen lo que se entenderá en adelante como “cultura viral”.

VIDA Y CULTURA VIRAL

Las condiciones de reorganización del capital desde la segunda mitad del siglo XX en adelante, modificaron la noción que sustentaba una idea central de vida. La representación de la vida como una totalidad orgánica inserta en un proceso de evolución que, con variantes, modeló el fundamento de lo vital durante siglos

de pensamiento, empieza a ceder ante una concepción ajustada a los valores de las sociedades globales: la vida se define como recurso disponible para la extracción y la reproducción del capital.

Este traspaso, desde la evolución orgánica a la idea de la vida como recurso, está ordenado en un movimiento de lo social que también cedió su realización colectiva fundada en condiciones orgánicas de solidaridad —tal como explicara Émile Durkheim en *La división del trabajo social* (1985)— dirigiéndose hacia un utilitarismo de carácter individualista que soslaya la dimensión de responsabilidad para las definiciones de la acción. La vida se comprende e instituye, de este modo, como aquello que corresponde y es determinación propia de cada individuo, conformándose un modelo de lo vital donde la libertad no es la constitución de una experiencia colectiva común para administrar en un sistema ético los conflictos, sino el ejercicio autoevidente de las acciones sin elaboración de un proyecto común en la ejecución de los actos. Los individuos se desligan de cualquier dimensión orgánica y relacional de la vida, para sustituir la valoración colectiva por otra extractivista: la vida como recurso autosustentable. Se asiste así a la vivencia de individuos moralizados y refractarios a éticas comunes.

Estos tipos de individuos, sin embargo, cotejan instancias dinámicas del lazo social en sus experiencias compartidas. Si bien sus acciones responden únicamente a un margen interpretativo estrecho y ligado a la referencia de sus propias conductas, mantienen igualmente significaciones y comunicaciones compartidas que delimitan las condiciones del intercambio social. Al tratarse de un tipo de individuo que entiende su vida como un recurso, y al situar sus condiciones de intercambio en las del capital financiero, lo que ocurre es que esos recursos se exponen dentro de lógicas de flujos.

Esto puede plantearse y esquematizarse de la siguiente manera: el capitalismo financiero global reproduce el capital por flujos de capitales y, a su vez, los multiplica por flujos de intereses. Los intereses se obtienen de flujos de inversión y de flujos de deuda, pero los flujos de inversión y los de deuda son flujos continuos, es decir, los flujos de inversión crean los flujos de deuda; es esto lo que sucede en las deudas soberanas, donde se invierte a tasas de interés que son absorbidas como deuda pública por los Estados. Entonces, esos flujos de deuda posibilitan la reproducción financiera de capital sin poner en riesgo los flujos de capitales, y en esa dinámica el capital financiero se concentra cada vez a mayor escala y con mínimos riesgos. En síntesis, los flujos de inversión y de deuda son continuos entre sí, pero éstos son flujos discontinuos respecto a los flujos de capital.

En esta exposición se posibilita explicar que el individuo contemporáneo sobrevive su vida como un recurso dado como flujo, puesto que la lógica es semejante y consiste en reproducir la vida mediante flujos continuos, que originan un indivi-

duo diversificado entre varias tareas personales y actividades laborales, afianzado siempre en la experiencia prioritaria de su condición de individuo, que le facilita la idea de que lo obtenido le pertenece y fue posible por sus propias virtudes. Se funda así un individuo *contactless*, esto es, individuos que desligan cualquier contacto con otro de las capacidades productivas de su propio y único recurso que es la vida.

En esa lógica de flujos, los distintos individuos son reconocidos entre sí y entran en relaciones mediante la constitución de formas virales que, en el desplazamiento de los flujos, conforman una “cultura viral”. Esto significa que los individuos no establecen contactos, sino zonas de contagios que transmiten viralidades, lo que equivale a decir, signos plurales y transitorios que tienen la particularidad de ser reversibles y no binarios, como una especie de “transigno” que muta su información permanentemente y nunca funda un sentido pleno. La regla del equívoco contemporáneo es que la viralidad difumina significados que no pueden evaluarse como contradictorios, aunque resulten contrapuestos.

Es posible reflejar en examen el desarrollo de esta dimensión viral de la cultura atendiendo al análisis que hiciera el pensador francés Jean Baudrillard en su libro *La transparencia del mal* (1993), cuando define la “metafísica de los simulacros” como ordenación de la época. Allí recuerda que anteriormente él había definido tres fases específicas del desarrollo del valor:

1. la fase natural, indicada por el valor de uso y que se corresponde con una ley natural.
2. la fase mercantil, ubicada en el valor de cambio y que se corresponde con una ley mercantil.
3. la fase estructural, definida a partir del valor signo y que se corresponde con una ley estructural.

Agrega, entonces, una cuarta fase que es propia de la época presente y que define como fase fractal —o fase viral— y que consiste principalmente en que el valor irradia en diferentes direcciones y sin ninguna referencia estable. Por esto, ya no es posible fundar una ley del valor, sino que se asiste a la “epidemia del valor”, lo que se comprende como una “dispersión aleatoria” (*ibíd*: 11):

Cada partícula sigue su propio movimiento, cada valor, cada fragmento de valor, brilla por un instante en el cielo de la simulación y después desaparece en el vacío, trazando una línea quebrada que solo excepcionalmente coincide con la de las restantes partículas. Es el esquema propio de lo fractal, y es el esquema de nuestra cultura” (*ibíd*: 12).

La cultura que bien define Baudrillard es la de una circulación indefinida de simulaciones, las cuales deben comprenderse como formas virales por su capaci-

dad de transdefinir sus significaciones. Y es bajo estas consignas que corresponde analizar las lógicas de flujos de lo que se debe definir como una cultura viral sostenida en el contrabando de formas virales siempre multiplicadas y de una virulencia contagiosa:

Nos hallamos en una cultura de la irradiación de los cuerpos y de las mentes por las señales y las imágenes, y si esta cultura produce los más bellos efectos, ¿cómo sorprenderse de que produzca asimismo los virus más homicidas? La nuclearización de los cuerpos comenzó en Hiroshima, pero prosigue de manera endémica e incesante en la irradiación de los media, de las imágenes, de los signos, de los programas, de las redes (*ibíd.*: 43-44).

La cultura viral es paradójica en el sentido de que facilita los contagios pero a partir de individuos sin contacto corporal o físico. Individuos que asisten a flujos de imágenes y pantallas y que promueven la circulación indefinida e inmediata de millones de mensajes que carecen de toda posibilidad de narrativa y desciframiento. El enigma de lo virtual es que entre las simulaciones se verifica un orden de entendimiento pero donde nadie tiene capacidad o posibilidad de interpretar todo lo que prolifera como signo. Por esto el signo en la vida contemporánea está disponible como una “catástrofe virtual”, promoviendo que “en la información y la comunicación, el valor del mensaje es también el de su circulación pura, por el hecho de que pasa de imagen en imagen” (*ibíd.*: 45).

Considerando estos aspectos descritos, una clave de comprensión está presente en esos flujos y en la circulación permanente de los signos y las imágenes que inhabilitan las condiciones interpretativas, porque lo que señala esta compleja situación es que las incertidumbres se han constituido como el recurso vital de la sociedad individualista contemporánea. Si el desarrollo del capitalismo financiero fomentó la emergencia de una sociedad individualista en la que la vida se define como un recurso más en la valorización del capital, lo que es importante anotar es que ese recurso para cada individuo es completamente incierto y, por lo mismo, generador de profundas desigualdades. El individuo *contactless* es el de las incertidumbres, el que se posiciona sobre zonas de contagio (mensajes, imágenes, información, signos, etc.), pero que no puede atribuir un valor específico a su propia relación con el mundo, es decir, no puede definir su posición relativa en el lazo social y, por este motivo, tampoco se valora a sí mismo como partícipe común dentro de las leyes colectivas de la comunidad.

NORMA Y NORMALIDAD: CRISIS DEL CAPITALISMO INDUSTRIAL

Estas transformaciones de las sociedades capitalistas se vinculan al cambio en el modelo de acumulación. David Harvey (2007) fundamenta que el modelo rígido de la producción en serie industrial y con una impronta fuerte de intervención del Estado, ya desde finales de la Segunda Guerra Mundial, había cumplido su ciclo y la crisis del petróleo de 1973 acabó de desestabilizarlo. El ciclo financiero y global del capital es denominado por este autor como de “acumulación flexible”, y se caracteriza por la transnacionalización de las empresas, el pasaje desde la producción industrial hacia la concentración primordial en los servicios, la tercerización y la consecuente debilidad de los sindicatos y de la organización obrera.

Desde una perspectiva sociológica, las consecuencias fundamentales de esta reconversión de la vida social fue la destitución de las valoraciones normativas que fundaban principios relacionales entre los individuos. Es lo que se conoce como procesos de desinstitucionalización y que explican que las instituciones tradicionales que formaban a la sociedad desde una representación como totalidad articulada, han perdido su eficacia normativa. El sociólogo francés Alain Touraine explicó bien el retroceso de las instituciones sociales, partiendo del modelo de sociedad que cede ante el advenimiento de los flujos globales:

Lo que llamamos sociedad es la utilización de recursos diversos de acuerdo con las principales orientaciones culturales, en particular la definición de lo permitido y lo prohibido, en virtud de un funcionamiento adaptado de las instituciones sociales. Estas constituyen así el lazo entre los recursos y los valores. Fijan las normas de autoridad, las jerarquías, las condiciones laborales, los programas escolares, el castigo de crímenes y delitos (Touraine, 2016: 44).

En ese segmento el sociólogo define un estado concreto de lo normal: las sociedades se organizan en sus distintos niveles de acuerdo a lo que se define entre normas que, a la vez, se sostienen en instancias institucionales que orientan las acciones normadas de los individuos. El seguimiento de reglas de conducta y la validación de los hechos de la vida social se rige por semejantes condiciones. Ahora bien, la transformación del modelo de acumulación del capital, que funda además en la globalización una transnacionalización y una tecnologización, promovió también severos cambios en las pautas normativas y motivacionales de la vida social, siendo su más notoria consecuencia la emergencia de los antedichos procesos de desinstitucionalización que, a su vez, tienen como correlato la consolidación de modelos de individualización. Esto es lo que Touraine expone como el “fin de lo social”:

El “fin de lo social” significa, en primer lugar, el fin de la sociedad industrial, y la expresión nos conduce aún más allá de la sociedad posindustrial —que hay que redefinir más precisamente como la era de la información—. La ruptura más profunda, y también la más visible, es la que coloca una producción en adelante mundializada, mejor dicho, globalizada, por encima de todos los sistemas de control social y político (*ibid.*: 48).

El análisis es certero en cuanto que identifica el profundo engranaje entre las transformaciones económicas y las políticas y sociales. Las crisis institucionales son, ciertamente, crisis de todo un modelo de sociedad y de socialización que se orientaba en el reconocimiento y la integración como valoración y validación normativa. Esto significaba que lo normal se instituía en el régimen específico de las normas, y cuya resolución efectiva y práctica se daba en acciones sociales, es decir, en un marco de la acción siempre orientada hacia otros. La regla de lo normal ha sido siempre la del vínculo como parámetro de ejercicio práctico del reconocimiento. Sin embargo, esas transformaciones de la vida social prefiguran como proceso histórico lo que recientemente, y ante las circunstancias de la pandemia por Covid-19, se comienza a denominar “nueva normalidad”.

La nueva normalidad es justamente la cristalización de los procesos de desinstitucionalización e individualización que se mencionaron, y cuya referencia es que mientras la norma funda el modelo tradicional de vida social, en la normalidad de los efectos globales del capital, la anomia rige la formación del vínculo social. El individualismo, cuyas primeras lógicas de comprensión se indicaron en el apartado precedente, expresa la condición de individuos que ya no están contenidos en las pautas normativas institucionales y éstas no son sujeción de definición principal de su personalidad. El efecto de ello es que las acciones sociales no se corresponden ya con un ejercicio práctico en la comunidad, y se debe atender a otro modelo de acción que, también siguiendo a Touraine, se define como “acciones morales”. En este tipo de acciones no está presente la orientación hacia otros y eso implica que no hay ningún reparo normativo ajustado a lo social, pues los actores morales prescinden de fundar sus juicios y actos en los otros, al mismo tiempo que atribuyen a esos juicios y actos valoraciones morales de carácter universal. Esto significa que no solamente se prescinde del otro, sino que, y justamente por eso, se considera que todos validan la acción cometida.

En tal aspecto, “esta redefinición de los actores, ya no como actores sociales sino como actores morales y personales, está dominada por una situación que ha devenido no social y que inviste a los individuos” (Touraine, 2013: 102). Lo complejo de la situación es que lo social se ha desprendido de los cimientos y seguridades que le ofrecía la virtud política de la norma para establecer los principios de lo normal.

En la nueva normalidad, en cambio, “la completa separación entre el actor y el sistema es la definición misma de la situación postsocial. Rompe todos los vínculos que unieron a la historia económica con la historia social” (*ibíd*: 103).

La nueva normalidad, entonces, es la realización efectiva de un proceso histórico que ostenta medio siglo de desarrollo y que desarticuló las condiciones de normatividad, reconocimiento y solidaridad que ajustaban las reglas de conducta de la vida social durante el período de la sociedad industrial. El advenimiento del capitalismo financiero con su carácter fundamentalmente global y fluido, y de las experiencias neoliberales que acompañaron su régimen de acumulación, impartieron la conformación de un registro individual de la vida que tiene expresión en las formas inestables de aprehender el lazo social. Esto es así al punto de que la definición más formal para identificar su existencia es la de referir el sentido de su finalización, o afirmar el fin de lo social.

NO HAY RELACIÓN SOCIAL

Es importante describir y analizar en qué consiste la desinstitucionalización que expusimos y también su consecuente individualización, con el fin de comprender más adecuadamente lo que ya hemos indicado acerca del individualismo contemporáneo y de la formación de una cultura viral, que sirve de modelo instituido para lo que sentenciamos como individuo *contactless*.

Decir que no hay relación social no es para justificar su inexistencia, y de hecho todavía convivimos entre vínculos sociales y sostenemos conductas en referencia con esas formas de vinculación. Lo que indica una fórmula así es que la relación no es primaria o primordial para el ordenamiento de los individuos. Las acciones morales que señalamos anteriormente explican en buena medida esto, pues cada sujeto define sus valoraciones de la acción sin asociar un sentido a otro. En ese aspecto, la no relación social expresa que el vínculo no está mediado por una regla de convivencia colectiva que establece condiciones de reconocimiento y de solidaridad, sino de manera refractaria donde los otros son presentados como obstáculo posible al desarrollo personal, haciendo esto que la relación no se vivencie como una valoración de conjunto.

Estas condiciones definen los procesos de desinstitucionalización que señalan la pérdida de contenido de las instituciones sociales, como por ejemplo: democracia, ciudadanía, educación, trabajo, familia, control social, etc. La respuesta a ese repliegue de las seguridades institucionales se expresa en una profunda desnormativización de lo social y su correlato en el individualismo.

La globalización financiera desprendió al poder económico de sus referencias políticas y sociales, promoviendo el desarrollo eficaz y vertiginoso de una economía mundial despolitizada y desocializada, y lo que se entiende por capitalismo global se articula en esa condición y experiencia. Lo que se genera, entonces, es una radical distancia entre el sistema económico y las voluntades sociales, lo cual abona a los procesos individualistas.

Esta cuestión es analizada por el sociólogo alemán Ulrich Beck desde la concepción de “sociedades del riesgo” (2006). Si las acciones morales son aquellas que prescindan del lazo con el otro, las vivencias en sociedades del riesgo generalizado determinan “el final de los otros”. Así, este pensador comprende el pasaje del modelo de sociedad soberana industrial a una sociedad de producción de riesgos. Y la globalización es interpretada bajo el dominio de una lógica de distribución de los riesgos.

Es una consecuencia precisa de la desinstitucionalización el advenimiento de una vida social reglada por la posibilidad e inminencia de peligros globales, lo que en apartados anteriores se argumentó bajo la dimensión de la catástrofe y de la incertidumbre como paradigmas de la cultura viral. Pero estas incertidumbres revelan justamente la pérdida de referencia en la relación social (y por eso no la hay), lo que equivale a sostener que cada individuo debe concebir sus propios modelos de orientación biográfica frente a la debacle de los modelos institucionales, y eso es efectivamente el curso de la individualización:

(...) individualización significa que la biografía personal queda al margen de pautas previas y queda abierta a situaciones en que cada cual ha de elegir cómo actuar. (...) Individualización de las condiciones de vida significa, pues, que las biografías se hacen *autorreflejas*; lo que está dado socialmente se transforma en biografía autoproducida por uno mismo y que continuará produciéndola” (Beck, 2006: 220 —cursiva en original—).

El sociólogo bien concentra su atención en la redefinición de una política de la vida, que se ajusta con claridad al argumento que se estableció en torno a la cultura viral, es decir, producir un modelo típico de individuo que se rige por los signos de la comunicación y de la información y se regula por las lógicas del mercado y del consumo. El individuo de las sociedades del riesgo se autoproduce permanentemente y lo hace por fuera de las reglas de identificación normativa con los otros. Por eso, Beck también argumenta:

Lo que se reclama es un *modelo de acción cotidiana* que tenga por centro el yo, que indique y abra oportunidades de actuación y permita así elaborar significativamente las ocasiones de decisión y configuración que se presentan en

relación con la propia vida. Eso significa que ha de desarrollarse una *imagen del mundo centrada en el yo* más allá de la superficie de las representaciones mentales en relación con los fines de la propia supervivencia, imagen que, por así decirlo, instale en la mente la relación entre el yo y la sociedad a fin de concebirla como viable para los fines de la conformación individual de la vida (*ibíd.*: 221 —cursiva en original—).

Es claro —en el concepto que muestra Beck— el efecto de producción de incertidumbres y de vidas orientadas en ese contexto, pues si las instituciones ya no rigen el marco de pautas que origina prácticas y conductas sociales, la consecuencia evidente se revela en el propósito de la fundación neoliberal del discurso programático de la vida social en el capitalismo global, esto es, que la sociedad del riesgo es la sociedad de la responsabilidad individual.

En síntesis, la no relación social señala no el final de los vínculos, sino el surgimiento —y desde hace medio siglo— de valoraciones individualistas de la vida desde las cuales, además, se ordena un modelo abierto de vida social. Frente al desapego de los mandatos tradicionales que habilitaban el reconocimiento con otros, la confianza como regulación individual se convierte en la experimentación autogestiva del individuo *contactless*.

CULTURA VIRAL, COMUNIDAD Y RESISTENCIAS: LA VIDA

El sociólogo francés Michel Maffesoli definió la posmodernidad como un efecto trágico, y por tanto destinal, que conduce a una “ética del instante”, es decir, expresiones normativas que se rigen únicamente desde la inminencia del vínculo. El hedonismo posmoderno, entonces, consiste en que el goce y el placer son deberes que se comprometen y resuelven en la inmediatez e inmaterialidad de un “instante eterno” (Maffesoli, 2005) y denominó esta situación como la forma de una “ética situacional” estrictamente anómica donde la normatividad es un vapor en el aire, la sombra de una “impermanencia vital” (Maffesoli, 2009).

En este marco, referir a la cultura viral como régimen de producción social en el presente no implica reducir la problemática a cuestiones epidemiológicas, infectológicas o médico-biológicas, porque se pretende dar cuenta de la relación entre la vida social, los principios comunes de una formación política que ordena un régimen normativo y la condición de los contagios como experiencia del lazo con los otros. El individuo *contactless* es el experimentante de una vida cuyos vínculos se originan en el contagio, pero bajo la paradoja singular de que la transmisión ocurre sin necesidad del contacto social.

Las formas virales son despliegues de signos que no remiten a sus referencias materiales y, por lo tanto, constituyen formaciones inmateriales que transcódicar las regularidades de la vida normal. Los sistemas computacionales y sus redes, los algoritmos que definen las modalidades de la presencia de los sujetos ante las pantallas y sus condiciones y experiencias de intercambio de mercancías, saberes, deseos, pasiones, originan otros tipos de regulación de la vida que exceden las nóminas de reconocimiento de una formación política y social moderna, y pasan a consagrarse como efectos virtuales.

La cuestión que se presenta es que el mundo contemporáneo, en su nueva normalidad, se corresponde con un profundo carácter viral de la información y semejante exceso y difusión hace que resulte prácticamente imposible procesarla y ordenarla, dando lugar al desorden como regulador eficaz del sistema. Esta viralización de información está en conjunto con un amplio repertorio de *fakenews*, que es el modo de introducir una afectación, un virus en las decisiones y medidas que los gobiernos y las sociedades políticas asumen para contener, enfrentar e informar los problemas políticos, sociales y económicos. Por esto, la verdadera catástrofe es la completa transparencia de la información que recibimos, porque cuando cualquier cosa puede ser verdadera, lo que se afecta es la comunidad de sentido a partir de la cual se procesan los conocimientos sobre fenómenos novedosos.

La viralización, entonces, no es simplemente un dato biológico, sino algo propio de una comunidad política. Particularmente, en el marco de un proceso de globalización, esto significa que lo que ocurre en cualquier parte también sucede encima de donde uno está situado. Esta es una impotencia de administración de lo viral: el virus (biológico o informático) circula porque no hay en las sociedades globales coordenadas de localización estables. Según lo expresó Bauman: “esta vivencia del poder sin territorio —la combinación, tan misteriosa como sobrecogedora, de lo etéreo con lo omnipotente, la ausencia de cuerpo físico y el poder de formar la realidad— queda registrada en el conocido elogio de la ‘nueva libertad’ corporizada en el ciberespacio sustentado en la electrónica” (Bauman, 2017: 26).

Las instituciones políticas, en tal situación, se proponen ejercicios de control, pero que no pueden cumplir ante los efectos dispersivos de una viralización. Porque así como hemos referido en este artículo a la desinstitucionalización y la individualización de la vida, lo que es notorio en este tiempo es que los Estados han cedido su capacidad de control racional de la sociedad.

Las formas virtuales que emergen potentes para los desarrollos de las actividades laborales son una muestra significativa de esto que se menciona: el teletrabajo, el consumo por internet y cualquier forma que limite el cuerpo vivo a la pantalla, no solamente relega lo sensorio, afectivo y emotivo de las prácticas

sociales, sino que expone el efecto propio y contundente de lo viral. Los virus informáticos, las enfermedades virtuales son pandemias todavía no registradas con seriedad por las voluntades políticas gubernamentales, pero que afectarán gravemente en tiempos venideros.

En estas circunstancias el individuo *contactless* se convierte él mismo en un dispositivo de control individualizante. Un individuo desprendido y desafectado de toda empatía con el otro. La conformación subjetiva de alguien sin contacto puede asumirse como facultado para denunciar en cualquiera una falta, pero sin regulaciones estables y comunes, sino por indicación de su propia valoración moral. Y esto es virtualmente la creación de un nuevo virus, porque hay diseminación viral, producto de que en las sociedades globales del tiempo presente se carece de contacto. Algo que Baudrillard también definió a partir de una reflexión acerca de las relaciones y de la experiencia del otro entre el flujo de formas virales, es decir, el vacío que remite a lo otro y que diluye la vida, pues: “la ausencia de alteridad segrega otra alteridad inaprehensible, la alteridad absoluta, que es el virus” (Baudrillard, 1993: 72).

El virus como figura de alteridad indica el desplazamiento de la vida hacia la cultura viral. Anteriormente se explicó que el individuo *contactless*, como carácter ineludible de la época actual, determina sus relaciones a partir de las zonas de contagios, lo que significa que asistimos a una era donde la vida fue destituida de sus dimensiones afectivas y orgánicas tradicionales, para corresponderse con una ajenidad constitutiva que consiste en prescindir de los otros y restringir conexiones a las formas virales, como son los signos dispersos y diversificados que están desprendidos de toda referencia.

La cultura viral es una deposición de lo simbólico donde lo real se ha vuelto demasiado transparente, y esa es la catástrofe del proceso histórico que se denomina nueva normalidad: la “omnipresencia de las redes”, la destitución regulativa del orden simbólico debido a “la transparencia total de la información” (*ibid*: 75).

En síntesis, flujos y zonas de contagio originan una dinámica del lazo social defundado, sin representación y plegado de manera anómica a procesos sin referencialidad social y simbólica, promoviendo una nueva condición subjetiva de carácter individualista, a la cual denomino individuo *contactless*, que es indicación concreta de la carencia de contacto para administrar un modelo de vida como recurso que se invierte entre los flujos y que, a la vez, se asimila como viral.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUDRILLARD, J. (1993) *La transparencia del mal*. Barcelona: Anagrama.
- BAUMAN, Z. (2017) *La globalización. Consecuencias humanas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BECK, U. (2006) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- DURKHEIM, E. (1985). *La división del trabajo social*. Barcelona: Planeta - De Agostini.
- HARVEY, D. (2007) *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HEIDEGGER, M. (1996) *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza.
- MAFFESOLI, M. (2009) *El reencantamiento del mundo*. Buenos Aires: Dedalus.
- MAFFESOLI, M. (2005) *El instante eterno*. Buenos Aires: Paidós.
- TOURAINE, A. (2016) *El fin de las sociedades*. México: Fondo de Cultura Económica.
- TOURAINE, A. (2013) *Después de la crisis*. México: Fondo de Cultura Económica.